

D. JOAQUÍN COLOMER SALA
CATEDRÁTICO DE PEDIATRÍA Y EX-PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD
VALENCIANA DE PEDIATRÍA



La Sociedad Valenciana de Pediatría rinde hoy homenaje a una de sus figuras más preclaras, el Profesor D. Joaquín Colomer Sala. El que se me haya encomendado la presentación de este acto lo considero un honor pero fácil será entender para el auditorio que lo hago con un profundo sentimiento de tristeza ante la pérdida este año de mi maestro, la persona que más ha influido en mi formación pediátrica y en mi desarrollo profesional.

No cabe duda de que esta es, realmente, una de las ocasiones más honrosas que proporciona ser miembro de esta Corporación: la de representarla en momentos en los que, en compañía de ilustres colegas de la Pediatría Valenciana, expresamos nuestro reconocimiento y dedicamos el más triste recuerdo a uno de sus más distinguidos Presidentes. Y si honrado me siento por la Sociedad que me requiere, no lo soy menos por la categoría científica, profesional y humana del protagonista cuya obra no podrá ser resumida en un acto tan breve dada su magnitud y calidad, trátense de sus actividades docentes, asistenciales e investigadoras o de sus publicaciones, méritos, puestos oficiales y distinciones honoríficas. En homenaje a su labor y amable convivencia, nos reunimos hoy rejuvenecido el espíritu, para testimoniarle nuestro profundo reconocimiento y entrañable afecto, aprovechando la

oportunidad para recordar algunos de los rasgos que distinguieron su vida y obra para que, aunque vivos en el recuerdo de los mayores, puedan servir de ejemplo y estímulo a los jóvenes. Es precisamente en el marco de la Reunión Anual de la Sociedad donde se presenta la conyuntura propicia para enlazar la evocación de las virtudes y méritos de nuestros mayores ya idos, con los logros de nuestros coetáneos y con la promesa de los nuevos miembros, que animan nuestra esperanza de que se mantenga y enriquezca el legado del pasado.

Muchos fuimos los que tuvimos el privilegio de compartir décadas de nuestra vida con D. Joaquín en una empresa profesional común y estimulante en la atención al niño enfermo y en la formación de los estudiantes de Medicina y especialistas de Pediatría. Su emergencia en la Pediatría Valenciana no fue un suceso brusco e inesperado sino que constituyó un secuencia natural en la línea que trazó su maestro y tío D. Tomás Sala Sánchez. D. Tomás era uno de los clínicos más consumados de la Pediatría española. Lo conocí bien de cerca desde 1964 cuando ingresé como alumno interno en la Cátedra de Pediatría y Puericultura de la Facultad de Medicina que él regía. Su formación centro-europea le había conferido una precisión y un rigor clínico como ya no me ha sido

posible volver a contemplar. Hombre de singular inteligencia y capacidad de trabajo, dominaba como nadie la semiología pediátrica, difícil arte en el que tan frecuentemente fallan los más expertos profesionales, tanto entonces como ahora.

Tras una brillante trayectoria profesional y académica D. Tomás fue víctima el año 1966 de un accidente coronario siendo decano de la Facultad de Medicina. Ocurrió este percance en una de las refriegas a las puertas de la institución entre las fuerzas represivas del orden, conocidas como los grises por su atuendo, y los estudiantes, que protagonizaban una de las innumerables escaramuzas que en aquellos tiempos amenizaban la vida académica. La limitación física de D. Tomás persistió varios años durante los cuales D. Joaquín no sólo se hizo cargo de la Cátedra y el Servicio de Pediatría del Hospital Clínico sino que inició un paulatino cambio en el rumbo de la docencia, asistencia e investigación, inevitablemente frenadas por la enfermedad del titular. Estos cambios aportaron nueva vida y una progresiva remodelación de objetivos, estructuras y dinámica acorde a las perspectivas que se vislumbraban de un previsible cambio de régimen.

En aquellos tiempos de inquietud e incertidumbre D. Joaquín configuró un Servicio de Pediatría en el que se respiraba una atmósfera estimulante y de gran tolerancia de la que se impregnaron muchos de sus discípulos en el esfuerzo de continuar la tarea inacabable de hacer progresar la Pediatría en un país en transición. Los ayudantes del maestro, todos ellos, profesionales de gran prestigio, tenían una dedicación ejemplar a la clínica y a la enseñanza. Quiero destacar entre ellos a los profesores Joaquín Sala, Emilio Borrajo y Manuel Moya; y entre los doctores asistenciales José Peiró, Vicente Marco, Alberto García Vila, Francisco Martínez Huguet, Juan Antonio Murgui, Francisco Martínez Fabado y Carlos Paredes, todos ellos personas relevantes en la Pediatría institucional y privada de la sociedad valenciana. A falta de algún otro pediatra de vinculación más efímera creo que a este grupo se le podría considerar como la herencia de D. Tomás y la vieja guardia de D. Joaquín que pronto se expandiría, tras ganar las obligatorias oposiciones a cátedra, con la incorporación de una generación mucho más joven compuesta por Roberto Hernández, Joaquín Donat, M^a José López, Rosa Alpera, Mercedes Andrés, Rafa Vila, Amparo Escribano, Jaime Fons, Rafael Fernández-Delgado, Eduardo Domenech y los componentes de un largo etcétera que convivieron con nosotros durante periodos más o menos extensos. Nombrarlos a

todos haría interminable la exposición pero en cualquier caso pido disculpas por si alguien se pueda sentir injustamente olvidado. En mi opinión el eslabón entre estas dos formaciones lo constituimos el bondadoso Javier Gascó y el que ahora os habla.

Don Joaquín estaba siempre atento a cualquier novedad, a todo progreso y trataba de incorporarlos al Servicio. Permítanme que sustente lo dicho con algunas muestras. Su inquietud ante los avances que se estaban produciendo en el estudio de las cromosopatías y la disponibilidad de la técnica de Tjio y Levan para definir el cariotipo le llevaron a Londres con el Prof. P. Polani, líder en aquel tiempo en los estudios sobre estas afecciones. En la misma línea se situaron sus investigaciones sobre el metabolismo calcio-fosfórico animadas por una serie de pacientes afectados de raquitismo vitamin-resistentes, que volvieron a conducirle a Londres, esta vez con el prestigioso profesor C.E. Dent. De ese modo el Servicio de Pediatría incorporó un acervo de conocimientos y prácticas en el estudio de los trastornos del metabolismo del calcio y de las cromosopatías que lo constituyeron una referencia nacional. Su memoria de investigación sobre enfermedad celíaca marcó, a finales de los sesenta, un hito en el estudio morfológico de esta afección que tan elusiva se presentaba al diagnóstico preciso. Orientados y respaldados por él, en el ámbito institucional y personal, nos desplazamos algunos de sus discípulos al extranjero para incorporar al Servicio las innovaciones que el normal progreso de la Medicina materializaba allende nuestras fronteras. Se iniciaron así los estudios sobre fibrosis quística, biopsia intestinal, cuidados intensivos, afecciones hemato-oncológicas, patología pleural, estudios de pH y gases sanguíneos, etc. De ese modo gracias a su estímulo y apoyo, incluso material, D. Joaquín lideró un grupo que contribuyó decisivamente a renovar la Pediatría en nuestro país a la que incorporó en el periodo de 1965 a 1980 sus avances más notables.

Persona inquieta y de gran ambición intelectual compartía el trabajo agotador de la asistencia y docencia pediátricas, con la investigación más refinada en Citología al lado del gran investigador que fue D. Jerónimo Forteza en aquél venerable y admirado Instituto de Investigaciones Citológicas, una de las mayores contribuciones de la Caja de Ahorros a la ciencia valenciana.

Esa amplitud de miras permitió la incorporación al Servicio de nuevas actividades todavía no institucionalizadas en la Valencia de aquellos tiempos como la

Cirugía Pediátrica de la mano de Fernando Carbonell y José Antonio Vila, de la Cardiología Pediátrica actualizada y puesta al día por el inolvidable Pepe Añó, de la Psicología Infantil que lideraba Antonio Monsell, de los estudios del metabolismo del hidrogenión en los que contribuimos junto a Roberto Hernández, Jaime Fons y Aurelio Hervás, etc. etc. Inició también la asistencia especializada en la Comunidad de la Hemato-Oncología Pediátrica configurando una sección que pronto adquiriría prestigio nacional e internacional.

Sería imperdonable olvidar su contribución decisiva a la implantación y desarrollo de la Pediatría Social en España que alentada desde su presidencia en la Asociación Española de Pediatría y con el concurso de destacadas personalidades como Carlos García Caballero promovió que Valencia se convirtiera en una auténtica avanzadilla nacional de esta perspectiva que, como es bien sabido, supone un enfoque global y multidisciplinario del niño en su entorno familiar, escolar, medioambiental y comunitario. En el desarrollo y configuración de esta nueva división pediátrica contó con la entusiasta colaboración y dedicación de su hija Concha que pronto se convirtió en una de las líderes más consideradas a nivel nacional y europeo de este renovador movimiento.

En una línea paralela D. Joaquín nos enseñó también que algunos términos que se estaban poniendo de moda como el de Ética Médica donde mayor acomodo tenían era en la práctica, y que su invocación doctrinal, si no se reflejaba en la debida acción, no pasaba de ser un mero recurso ornamental. Así lo defendió en el congreso de la Asociación Española de Pediatría que organizó y presidió en Valencia sobre patología crónica en la infancia y en el que uno de los temas principales fue precisamente, el papel de la ética en la actividad cotidiana de la asistencia al niño. Sus conclusiones han servido hasta el día de hoy como normas de referencia ética en el ámbito de la Pediatría nacional.

No se limitó su docencia a la del médico general. Desprovista como estaba la Región Valenciana de formación especializada en Pediatría, activó la Escuela Profesional evitando así que los médicos valencianos tuvieran que desplazarse a Barcelona, Madrid, Valdecillas o al extranjero para alcanzar una especialización pediátrica reglada. Muchos de los pediatras que se han jubilado en el decenio pasado fueron alumnos de esa Escuela. Creó igualmente la especialización en Enfermería Pediátrica vinculada a la Cátedra de la

que salieron un sinnúmero de enfermeras especializadas que llenaron los Servicios y unidades pediátricas de nuestros hospitales. Hoy día echamos en falta aquella especialización complementaria, suprimida sin ninguna explicación por los mandamases de turno sin que jamás se propusiese una alternativa válida. En su búsqueda de dignificar la formación de enfermería, tan estrechamente vinculada a la asistencia pediátrica fue el paladín más fuerte y tenaz en la constitución de una auténtica Escuela de Enfermería, que si en su fundación tuvo que aceptar el respaldo de los médicos, fue progresivamente adquiriendo autonomía propia liberándose de esta paternalista tutela.

D. Joaquín era un hombre enamorado de la vida y de su profesión que infundía a sus discípulos la pasión por la disciplina, y a quienes transmitía sin ningún tipo de restricción sus conocimientos y actitudes ante el niño enfermo, ante el niño sano, hacia sus familias y hacia la sociedad... En este ambiente aprendimos que es en el encuentro libre, íntimo y amistoso del pediatra con el niño enfermo y su madre donde cristaliza, y sólo en él, la auténtica Pediatría como doctrina y como práctica.

Fue muy sensible ante los abusos de los poderosos y reiteradamente se mostró disconforme y rebelde ante la injusticia y la irracionalidad, lo que llevó a asumir posiciones políticas que en los momentos de la transición no estuvieron exentas de riesgos. Su tolerancia, capacidad de comprensión y actitud dialogante en las situaciones más difíciles de la vida académica, del medio profesional y del entorno social eran proverbiales. No es de extrañar que, como consecuencia natural de su carácter y disposición, fuera elegido Decano de la Facultad de Medicina y poco después, Rector de la Universidad de Valencia, los más altos cargos que como docente universitario podía alcanzar y que por las mismas cualidades fuese elegido Presidente de la Asociación Española de Pediatría la más alta distinción profesional que puede ostentar un pediatra en nuestro país. Otro sinfín de representaciones y nombramientos al más alto nivel dan fe de su buena condición y juicioso quehacer pero sería abusivo intentar, siquiera, enumerar, tales dignidades; baste para el propósito su nombramiento como Conseller de Sanitat que marcó el cénit de su actividad en política sanitaria.

Estos y otros muchos merecimientos y altos cargos de extremas relevancia y responsabilidad, por honrosos que pudieran ser para el distinguido y venturosos para los colectivos beneficiados, no dejaron de suponer un

alejamiento y una gran pérdida para el grupo que durante mucho tiempo lo añoró con nostalgia.

Espero que esta breve exposición haya podido servir para recordar a D. Joaquín tal como lo veíamos: una personalidad creadora e imaginativa, innovador apasionado, entregado a su familia, discípulos y amigos...; un profesional profundamente humano que ennobleció con su vida y dedicación pediátrica este bello arte de asistir al niño y de enseñar como se hace; un ser humano merecedor de nuestro profundo agra-

decimiento, respeto y afecto por lo mucho que supuso en nuestra formación y en la de otros muchos que tuvieron la fortuna y el privilegio de conocerle.

Y quiero cerrar el acto agradeciendo a la Junta Directiva de esta Ilustre Sociedad, en particular a su Presidente D. Antonio Martorell, a su Secretario D. Rafael Vila y al Presidente del Comité Organizador del Congreso D. Pedro Polo por la sensibilidad mostrada hacia la figura del gran maestro de la Pediatría Valenciana.

Juan Brines Solanes

Catedrático de Pediatría y

Miembro de la Sociedad Valenciana de Pediatría